

## A LA MEMORIA DE LOS ACADEMICOS RECIENTEMENTE FALLECIDOS

FEDERICO GOMEZ

JESÚS KUMATE

...“La mayoría de los hombres apenas tienen una historia, dejan sobre la arena la traza ligera de un insecto. Pero algunos van más allá, alcanzan la roca, la destrazan, la rompen, la modelan y su huella es indeleble”...

R. Bruckberger.

En la Academia Nacional de Medicina es costumbre centenaria, el pronunciar el *in memoriam* de los socios fallecidos. La tradición ha establecido una galería con los retratos de los expresidentes al término de su vida. Esta Casa ha mantenido con estas muestras de consideración y respeto, una expresión del aprecio por la persona y la labor del miembro desaparecido a la vida de nuestra Corporación.

Hasta aquí todo pudiera ser lo habitual; se distingue con un acto académico-social el tránsito de los miembros que han presidido los destinos de la Academia. En esta ocasión, sin embargo, hay algo más. Federico Gómez fue durante diez años de su membrecía académica, un miembro honorario, categoría que de acuerdo con el Estatuto, se confiere: ...“a los miembros distinguidos de la Corporación que le hayan prestado grandes servicios y a profesores o investigadores de muy elevada reputación científica”... y que en palabras de Somolinos d'Ardois constituyen: ...“selectísimo grupo de académicos elegidos entre quienes más han sobresalido dentro de la medicina, sin reparar en su nacionalidad o lugar de residencia”.

¿Cuáles fueron esos servicios que en grado eminente el Maestro prestó a la Academia Nacional de Medicina y en qué se fundó su elevada reputación científica?

El artículo primero de nuestro Estatuto señala: “La Academia Nacional de Medicina es una cor-

poración científica, ... consagrada a promover el estudio, la enseñanza y la investigación en el campo de la medicina, cuyos adelantos recoge, analiza, y difunde con el fin de actualizar conocimientos y orientar criterios, tanto de los profesionales de la salud como del público" ... Atendiendo a tales señalamientos, Federico Gómez dedicó 56 años de su vida profesional al cultivo de los ideales académicos. Sin conocerlos formalmente primero y después como académico numerario en 1948, titular en 1966 y honorario desde 1971, e hizo con su vida la realidad de algo tan formal como la descripción de la Academia Nacional de Medicina.

El Maestro fue un estudioso de la pediatría, a la que concebía como la rama de la medicina que ... "conoce y entiende de los problemas y padecimientos que sufre el ser humano desde recién nacido hasta que termina la adolescencia".

Supo distinguir con gran clarividencia que en su tiempo, la corriente del progreso médico había cambiado de Europa a los Estados Unidos de Norteamérica, adonde se dirigió para realizar sus estudios de posgrado y mantuvo desde entonces (1927) contacto permanente con la escuela americana de pediatría. En la década de los cincuenta era uno de los diez pediatras extranjeros miembros honorarios de la American Pediatric Society. No fue un erudito; su sentido común y gran capacidad creadora no le permitieron ejercicios barrocos. Siempre vio a la pediatría desde una atalaya accesible a unos cuantos; distinguió siempre y con gran rapidez lo esencial de lo trivial. La resultante es que nunca daba tiempo para fruslerías y probablemente eso haya contribuido, junto con su personalidad de gran señor, a que se le considerara frío y alejado de los problemas cotidianos.

Percibió que el progreso de la pediatría iría aunado al desarrollo de las especialidades o subespecialidades e impulsó la formación de nutriólogos, nefrólogos, patólogos, alergólogos, hematólogos, endocrinólogos, neurólogos y neurocirujanos, cirujanos cardiovasculares, ortopedistas, infectólogos, entre muchos otros. Su actitud fue siempre generosa; en grado pocas veces visto en México, dio las oportunidades de trabajo en una institución hospitalaria *ad hoc*, brindó becas de estudio con tiempos generosos de entrenamiento, ofreció recursos de trabajo y pidió siempre en reciprocidad una dedicación profesional en todo el personal de base, primero en el Hospital Infantil de México y después en el Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional del Instituto Mexicano del Seguro Social.

Si una medida de la bondad de tal proceder la constituye el desarrollo profesional de los que nos formamos o trabajamos en las dos instituciones de las que fue director fundador, los resultados son: más de 40 socios de la Academia Nacional de Medicina tenemos como origen los dos hospitales de pediatría por él fundados; premios nacionales, distinciones académicas atestiguan que fue un hombre que supo formar profesionales de muy alto nivel en muy variados campos de la medicina de niños.

En la enseñanza planteó desde 1943 las residencias hospitalarias de tiempo completo con un número de internos y un sistema de enseñanza organizado sobre un departamento especialmente dedicado al programa docente de los médicos en formación que persiste hasta la fecha y que fue adoptado posteriormente en todos los hospitales de México. El modelo de internos, subresidentes, residentes y jefes de residentes, con un departamento de enseñanza; la afiliación y aval universitario, las pruebas periódicas, el trabajo de tesis y la participación de todo el personal de base en la formación del personal bajo entrenamiento, fueron ideas puestas en marcha en el Hospital Infantil de México desde 1943.

En materia de investigación, el Maestro fue iniciador de los laboratorios de investigación clínica en los hospitales de México, si se considera el que estuvieran vinculados, físicamente junto a un servicio clínico, con personal de tiempo completo o exclusivo y dotados de recursos propios, sin dependencia del laboratorio central de la institución.

El creó las carreras hospitalarias, juzgando como tales las que implican tiempo o dedicación exclusiva. Apuntaba: ... "¿Qué ayuda al adelanto de la medicina podría dar un médico que llegaba precipitadamente al hospital con la mente puesta en otro ambiente, o preocupado por los problemas de fuera? ... "Para ellos, el adelanto de la medicina era secundario; en su estructura profesional dominada con prioridad el deseo de manejar con soltura una ciencia aplicada, eficaz y novedosa, que ayudara a la conquista médica de la sociedad en que vivían" ... "El verdadero adelanto de la ciencia necesariamente debe ser patrimonio de la mente y espíritu de médicos que viven con una estructura diferente a la del médico de gran clientela, lleno de preocupación, de natural y explicable ambición y de impaciencia por el triunfo" ...

No he conocido a directivo o funcionario que haya tenido una consideración tan exquisita por la dignidad profesional de los médicos; consideraba un atropello la tarjeta de control de asistencia y puntualidad y en cuanto a los salarios, algunas de sus ideas fueron: ... "Es indispensable abandonar nosotros mismos y combatir en la sociedad, la falsa idea de que la profesión médica debe ser un apostolado, dando a entender con ello que es una profesión de humildad, de sacrificio, de pobreza, de modestia y de abstención. Esto no es la realidad de nuestra profesión ni podría serlo. Si ello fuera verdad, la medicina aún estaría viviendo la precaria y miserable vida oscura y anticientífica que vivió hace varios siglos. Al médico se le ha llamado apóstol por conveniencia social, porque la sociedad, las instituciones y los gobiernos lo han explotado por siglos. Ninguna profesión, disciplina, técnica o artesanía, ha sido objeto del injusto trato económico que ha sufrido el médico" ... "Para servir bien a una sociedad, para observar una ética profesional normativa de los derechos humanos, para ayudar al adelanto de la medicina, para darnos a la enseñanza y a la investigación generosamente, para proteger a los hom-

bres contra la enfermedad y salvarlos de la muerte, necesitamos seguridad y bienestar. Pero la seguridad y el bienestar no se consiguen si los médicos estamos envueltos en la miseria económica, si nos rodea la ignorancia científica, si estamos sujetos a los vaivenes políticos, o si llevamos un gran medallón de apóstoles en el pecho, que esconda los latidos inquietos de nuestro corazón, dé sombra resignada a nuestro pensamiento y oculte nuestro estómago vacío”...

Se acostumbra decir en ocasiones como ésta: ¡Descanse en paz! En el caso del Maestro no puede ser así. Sus contribuciones siguen vigentes, es como si su vida se hubiera prolongado al lapso material de su existencia. En lo conceptual, en el operar cotidiano de las instituciones por él creadas y porque a esta Corporación seguirán ingresando médicos que reconozcan en Federico Gómez, la inspiración, la escuela y la oportunidad de formación que hicieron posibles su desarrollo profesional y su proyección académica.

El Hospital Infantil de México, que desde el 7 de julio de 1980 lleva su nombre; el Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional; la Asociación Nacional de Pediatría; la Academia Mexicana de Pediatría; la Asociación de Investigación Pediátrica; el Boletín Médico del Hospital Infantil de México; las Jornadas Anuales de la Asociación de Médicos del HIM, la Asociación de Médicos del HIM y muchas otras de sus obras continúan operantes, progresan y en el personal que las sirve se perciben algunos rasgos distintivos de la personalidad del maestro, i.e.: profesionistas que rinden o superan la jornada contratada sin necesidad de vigilancia administrativa, que consideran un privilegio el servicio a la niñez, que buscan más la perfección que el éxito y que tienen el hábito de escribir sus experiencias en un ambiente de disciplina y sencillez en las formas.

Una personalidad tan rica y vigorosa como la del Maestro, su vida tan fecunda en obras trascendentes, perdurables y en frutos tan pródigos y copiosos, tanto en México como en el extranjero, no pueden glosarse o simplemente pasar revista en un tiempo como el protocolario de esta ocasión. Ya se han referido en otras ocasiones y oportunidades habrá para continuarlo, algunos aspectos de la vida y obras del fundador de la pediatría contemporánea de México.

Considero oportuno poner el colofón a esta participación con el final de un artículo escrito por el Maestro en 1970 en la GACETA MÉDICA DE MÉXICO: ...“Ahora, desde un sitio lejano, miro con honda y permanente satisfacción cómo siguen luchando y adquiriendo más prestigio las instituciones pediátricas en donde tuve la suerte de trabajar con entusiasmo nunca agotado y con los hombres que hoy las dirigen. Mi mayor orgullo es conocer los éxitos de mis sucesores, de mis alumnos y de las nuevas juventudes médicas que abrazan la pediatría. Entre 1943 y 1970 han pasado veintisiete años, lapso en que se han consolidado la asistencia eficiente, la enseñanza generosa y la investigación fecunda en los problemas de la niñez de México, al través de una pediatría a la cual aún le queda mucho camino por recorrer”.

## SEMBLANZA DE

## EFREN C. DEL POZO

### RUBÉN VASCONCELOS

Nació en la ciudad de San Luis Potosí el 11 de septiembre de 1907. Murió en Coyoacán el 14 de mayo de 1979. Fue bachiller en ciencias por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y médico cirujano por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1936.

Por el muy noble y socorrido camino de la necesidad, mientras hacía sus estudios de bachillerato fue preparador en los laboratorios de química, botánica y zoología y desempeñó el puesto de secretario de la Universidad Potosina; corrían los años de 1927 a 1929, y esas tareas juveniles terminaron por su traslado a la capital y su ingreso en la Facultad de Medicina.

Su mente inquisitiva lo llevó a un contacto temprano con las ciencias médicas; inició su cultivo en 1936, con la cátedra de fisiología humana en la Escuela Superior de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional. Paralelamente ejercía la profesión médica en el Hospital General del entonces Departamento de Salubridad, en el cual obtuvo, por oposición, la categoría de médico adscrito en el Servicio de Gastroenterología. Pero la inquietud científica y su tendencia a la precisión lo llevaron de la clínica al terreno de la investigación, más acorde con sus inquietudes. De 1940 a 1943 figuró como *fellw* de la Fundación J. S. Guggenheim para realizar actividades de investigación en neurofisiología en la Escuela de Medicina de Harvard, en Boston, en donde coincidió con el doctor en ciencias Nabor Carrillo, quien sería, desde entonces, uno de sus amigos predilectos.

Terminados sus estudios de postgrado volvió a sus actividades docentes y de investigación en la Universidad, en el Politécnico y en la Secretaría

de Salubridad y Asistencia. Fue entonces director de la Escuela Superior de Ciencias Biológicas, de 1943 a 1944; jefe del Departamento de Fisiología y Farmacología en el Instituto de Estudios Médicos y Biológicos (UNAM), desde 1943; jefe del Laboratorio de Fisiología del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, de 1944 a 1946 e hizo un nuevo viaje en 1947, como investigador asociado, al National Institute for Medical Research de Londres. A su vuelta reanudó sus trabajos en el Instituto de Estudios Médicos y Biológicos, ocupó la cátedra de fisiología del sistema nervioso en la Facultad de Filosofía y Letras y la de fisiología comparada en la Facultad de Ciencias en 1955. Fue consultor científico del Instituto Merck, Sharp and Dohme, desde 1948.

En la Universidad Nacional, durante los ocho años del rectorado del doctor Nabor Carrillo, desempeñó el cargo de Secretario General, cuyas funciones dentro de la estructura y la imagen total de la magna casa de estudios tuvieron en ese lapso cambios espectaculares. En efecto, llegó Efrén del Pozo a ese puesto en el momento en que la Universidad podía hacer objetiva y consolidar la autonomía académica y administrativa lograda en 1929, con la autonomía física que significó la construcción de su nueva sede: la Ciudad Universitaria.

Fue complicado y escabroso el proceso de trasladar las dispersas actividades universitarias del centro de la ciudad a la novedosa CU, "lejana" entonces del centro capitalino, pero dotada de edificios *ad hoc* para diversas facultades y escuelas, de instalaciones que garantizaban la mejoría de la docencia, como fue evidente de inmediato. También se produjo, con el traslado, la aparición de una verdadera comunidad universitaria, con un nuevo sentido de unidad.

En esas condiciones, la fraternal amistad entre el Rector y el Secretario General fue la garantía del desenvolvimiento óptimo de la Universidad en su nueva situación. Unificados por su talento y por el mismo entusiasmo en el quehacer universitario, lograron gran dinamismo en las tareas rectorales durante los dos periodos que trabajaron en permanente armonía, en la cual Efrén del Pozo aportó esfuerzo, energías y pasión, e hizo de la Secretaría a su cargo, la ágil ejecutora de las decisiones de la Rectoría, del Consejo Universitario y la de Junta de Gobierno, la autoridad suprema.

En una palabra, fue factor vigoroso en el vibrante equipo dirigente dedicado, sin distinciones y sin estancos divisorios, a elevar la calidad lo mismo de la educación universitaria, que de las otras actividades fundamentales como la investigación y la comunicación permanente entre los dos polos de la cultura: las ciencias y las humanidades.

Nabor y Efrén estuvieron animados del mismo afán en pos de la universalidad y sus virtudes comunes fueron la amistad, la generosidad, el gozo del trabajo creador y la identificación con los anhelos de los jóvenes, base de la tarea educativa.

Si no se hace referencia precisa a tales o cuales obras de Nabor o de Efrén, ello no es importante,

pues en todas resulta transparente el propósito y la identidad de las viejas aspiraciones. El pleno respaldo de la Rectoría dinamizó la actividad y la eficiencia de la Secretaría General, que de ese modo dejó de ser un simple centro administrativo de las labores docentes, para actuar como colaboradora ejecutiva o promotora de la difusión de la cultura y de la modernización, en el más amplio sentido de la palabra, del trabajo universitario.

Se fueron llenando muy pronto los viejos vacíos, pues la Secretaría General vigilaba la continuidad del avance de aquellas acciones vitales para el verdadero desarrollo de la Universidad, como la tarea editorial en donde los impulsos impresionantes de la administración guiada por Del Pozo fueron sobresalientes, no sólo por el volumen de lo producido, sino por la edición o reedición de valiosas series como *Nuestros Clásicos* y *Problemas Científicos y Filosóficos*, expuestos en la colección de obras fundamentales, como en los cuadernos y los suplementos del seminario respectivo.

Floreó la investigación y se crearon nuevos institutos, como el de Cultura Náhuatl que logró entonces la publicación del llamado Códice Badiano, de gran valor para la historia de esa cultura. El propio Secretario General organizó y presidió la Comisión Editora de las obras del Protomédico de las Indias, Francisco Hernández, grupo que habría de lograr publicarlas por primera vez en castellano, 400 años después de su aparición original en otros idiomas. Integraron la Comisión, presidida por Del Pozo, Enrique Beltrán, Juan Comas, Samuel Fastlich, Angel María Garibay, Enrique González Casanova, Wigberto Jiménez Moreno, Roberto Portilla, Enrique Rioja, José Rojo Navarro, Germán Somolinos D'Ardois, Alejandro Stols y Roberto Weitlander. Aunque no ha logrado completar su tarea, pues han fallecido varios de sus miembros, ha publicado ya cinco tomos de la *Historia Natural de Nueva España* y procura completar su encomienda.

El conjunto de estas empresas culturales permite afirmar que Efrén del Pozo, como promotor o colaborador en todas ellas, dejó testimonio de su atención preferente a la ciencia, a la investigación; a la historia y su influencia en las comunidades humanas, en particular las nuestras.

Quien haya participado en tareas escolares, en acciones solidarias y de colaboración leal y noble, sabrá discernir proporciones y preferencias entre los colaboradores, los que guían y los que dan consejo y merecen por ello la jerarquía de hombres ilustres, héroes, sabios o artistas. La memoria de sus obras y acciones nos acompañan largamente, y sus logros son como gratos antecedentes de nuevos frutos que aparecen paulatinamente.

Efrén es de ellos y la Academia fue una de sus moradas predilectas; formó en sus filas desde su temprana madurez científica y ella lo cuenta entre quienes la han dirigido, porque se inspiraron sus quehaceres en los elevados principios que la nutren. Estará por eso, desde ahora, en compañía de sus iguales para honra de la discreta pero eficaz y duradera labor académica.

## ANDRES BUSTAMANTE GURRIA

### In Memoriam

#### CLEMENTE ROBLES

Agradezco a esta Academia el alto honor que me ha conferido al escogermé para dirigir a ustedes algunas palabras en memoria del doctor don Andrés Bustamante Gurría.

Comenzaré lamentando la pérdida irreparable de un elemento de primer orden dentro de la medicina mexicana contemporánea. Su deceso ocurrió cuando todavía se esperaba mucho de su actividad e imaginación creadora.

Si para el país su pérdida deja un vacío difícil de llenar, para sus amigos, compañeros y parientes esto nos causa dolor, pesar y tristeza.

Cuando la Academia me comunicó su deseo de que fuera yo quien dijera algunas palabras acepté desde luego, pues por los antecedentes de toda una vida pasada juntos, no sólo dentro de la amistad, sino mejor de la más armoniosa hermandad, pensé que esta oportunidad me pertenecía por derecho.

Nació Andrés en Pichucalco, Chiapas, el 2 de mayo de 1906; fueron sus protagonistas don Diego Bustamante Grajales y doña Angélica Gurría de Bustamante; contrajo matrimonio con una bella y virtuosa señorita doña Carmen Barcárcel; con ella fundó un sólido hogar y procrearon tres vástagos: Andrés, Laura y Angélica.

Sus estudios primarios los hizo en la Escuela "El Pensador Mexicano", los preparatorios en la Nacional, donde nos vimos por primera vez, los profesionales en la Escuela Médico Militar, obteniendo su título el 11 de julio de 1931, los de posgrado en diferentes universidades norteamericanas, entre otras la Northwestern.

La personalidad de Andrés es polifacética; en lo físico era de porte recio, con rasgos fisonómicos muy definidos, mentón enérgico y boca de labios ligeramente entreabiertos, de ademanes categóricos y sin vacilaciones. Fue sin embargo de trato amable, con bien definido sentido del humor, irónico y a veces cortante.

Su clara inteligencia y su certera visión en los problemas que gustaba atacar a fondo o de raíz y no de manera superficial, eran los aspectos dominantes de un carácter recto y firme. Sus buenos sentimientos, inclinados siempre al amor al prójimo, gustaba de ocultarlos con una rígida máscara de fingida indiferencia. Sus enemigos encontraron en él un adversario noble y caballeroso, pero temible por lo valiente y decidido.

Su carrera profesional como cirujano se inicia con una larga etapa de cirugía general; siempre atosigado de trabajo, primero en Toluca y luego en Torreón, sus éxitos pronto le valieron ocupar destacado lugar, sin mucha preocupación económica. Esta primera etapa, que yo llamaría formativa, sería el cimiento o la inicial de su etapa ulterior de especialista distinguidísimo.

Como cirujano general honró la escuela a la cual perteneció, cuyos próceres en esa época eran los doctores Donato Moreno y Francisco Reyes, de los cuales siempre se expresó con respeto y admiración. Desde un principio se asoció en sus esfuerzos con un notable cirujano general, el doctor Carlos Albores Culebro; esta asociación, que persistió durante largos años, fue particularmente benéfica para ambos.

Atraído por la otorrinolaringología, se traslada a los Estados Unidos de Norteamérica y pronto lo encontramos ocupando un distinguido lugar al lado del doctor J. Schambought en la universidad Northwestern, quien primero fue su jefe, después su maestro y finalmente uno de sus mejores amigos. Al lado suyo aprendió la difícil cirugía microscópica del oído medio. De regreso a Torreón cosecha grandes éxitos profesionales y económicos, pero el lugar es pequeño para sus ambiciones científicas y acepta un puesto que le ofrece el doctor Ignacio Chávez en el Instituto Nacional de Cardiología. Instalado allí nos asombra a todos con su dedicación al estudio y a la organización de su nuevo servicio. Se olvida de todo, enfermos, dinero, y en cuerpo y alma planea el futuro suyo y de la especialidad en nuestro medio.

Al terminar esta etapa preparatoria está ya listo para la siguiente que llamaría de consolidación y madurez de la especialidad en nuestro medio, pues hasta entonces la otorrinolaringología en México no alcanzaba una estatura académica que la hiciera respetable. Darle esta nueva dimensión es lo mejor de su obra, que se ve coronada con la formación de una verdadera escuela donde destacan numerosos y nuevos valores, que por temor a no mencionar a todos pasaré por alto; pero no sin dejar de referirme al que era para él más querido que ninguno y que constituía su más legítimo orgullo, y con razón. Me refiero a su hijo Andrés, cuyos logros en la cirugía microscópica del VII y VIII pares craneales podrán llenar la satisfacción del más exigente de todos los maestros.

Fue escritor prolífico dentro de su especialidad; desgraciadamente no estoy yo lo bastante preparado para glosar ante ustedes esta obra escrita.

Dentro de sus preocupaciones profesionales figura de manera preferente la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología. En ella sus esfuerzos siempre estuvieron encaminados a darle a la misma seriedad científica alejada de torpes pasiones, envidia y reconocimiento en el terreno internacional. Todo esto lo logró cabalmente.

El éxito económico lo persiguió tenazmente, sin él buscarlo de manera especial. No fue nunca mezquino ni metalizado; se prodigó con largueza, especialmente con los pobres y necesitados.

Su actuación profesional se guió siempre por la ética más exigente. Como amigo fue incomparable, franco y claridoso cuando fue necesario, ani-

moso y optimista en los momentos difíciles y siempre cariñoso, afable y lleno de humor en el trato diario. Como ejemplo no olvidaré nunca su ayuda valiosísima al estudio del tratamiento médico de la cisticercosis cerebral.

Fue un patriota en el sentido más amplio del vocablo. Dentro de su vida recargada de responsabilidades profesionales halló tiempo para estudiar la manera de mejorar las condiciones de la ganadería que tanto necesita este país tan lleno de carencias en el terreno de la alimentación de nuestro sufrido pueblo.

Su vida llena de realizaciones y logros puede señalarse a las generaciones futuras como un ejemplo digno de seguirse para bien de todos, los enfermos ante todo, la medicina nacional y el país entero.

## ANGEL G. de QUEVEDO y MENDIZABAL

### In Memoriam

JAIME WOOLRICH

Agradezco a la mesa directiva de la Academia Nacional de Medicina el honor que se me otorgó al darme la oportunidad de recordar aspectos de la vida del señor doctor Angel Quevedo y Mendizabal.

Deseo inicialmente decir que mi formación y actividad urológicas, desde el año de 1946, tomaron contacto y paralelismo con la actividad en esa especialidad, dentro del Hospital General, de varios maestros, entre los cuales ya descollaba el maestro Angel Quevedo por sus amplios y ya sólidos conocimientos de la materia urológica; que mientras los demás integrantes de aquel grupo urológico se preocupaban fundamentalmente por los aspectos artesanales y pragmáticos, el maestro Quevedo ya tentaba el vado y profundizaba, codicioso de saber, en aquello que, según Gregorio Mara-

ñón, le adjudica a nuestro quehacer esa parte de lo científico que tiene la medicina: los conocimientos básicos en que esta se apoya. Creo que puede afirmarse que quien se asoma a la profunda sima de los aspectos básicos, primarios, de cualquier especialidad médica, puede sufrir, si no se aparta a tiempo, el vértigo y la caída consecuentes en una hondonada sin fin. El conocimiento minucioso de un territorio restringido, como tan breve y elegantemente ha sido definida una especialidad, si se pretende cumplir formalmente, implica el peligro de caer, subyugado, deslumbrado, ante el imponente espectáculo que ahora, y desde que tenemos formas de atisbar con verdadera minuciosidad, se nos ofrece como una tentación.

Los especialistas comunes y corrientes preferimos entrever, asomarnos con timidez, trasver ape-

nas y tomar sólo aquello que ya puede justificar nuestro quehacer.

Pues bien, el maestro Angel Quevedo llegó a quedar ubicado, dentro de lo que se conoce como la verdadera sabiduría; por un lado, como en la discusión de Sócrates con Critias, inmerso en la ciencia de todas las ignorancias; es decir, sabio tanto porque sabe lo que sabe, como porque sabe lo que ignora y además, y esto producía en los que tratábamos con él un cierto desasosiego, porque era capaz de examinar a los demás acerca de lo que sabían realmente; de lo que creían saber y lo que ignoraban.

También estaba tocado por la sabiduría, dada su prudencia y su mansedumbre cristiana.

Don Angel Quevedo fue un erudito solitario y un religioso del fervor ajeno; un hombre para el cual la búsqueda insaciable de la información en las diversas áreas de la especialidad urológica no parecía agotarse después de los ochenta años de edad. Alguna vez, últimamente, al tocar el tema de la enorme marea bibliográfica que nos inunda, y dado su permanente, diario escrutar en las innumerables revistas y libros que durante tantos años había revisado, me manifestó su amplio conocimiento acerca de ese trapicheo bibliográfico en que la repetición es la norma: "Nada es nuevo bajo el sol, salvo lo que se ha olvidado", y en el que el despojo de paternidades de técnicas, descubrimientos e ideas es constante.

Creo que allí también se nutría su extrema humildad, de la que a veces se abusaba, y para quienes le pedíamos colaboraciones en actividades fuera de la Unidad de Urología, su negativa persistente en participar, cerrado en sí mismo.

De allí también, su ausencia de vanidad, esa hija legítima y necesaria de la ignorancia.

El doctor Quevedo nació en México, D. F., el 2 de octubre de 1899; hizo sus primeros estudios en el Instituto Científico de México y en el Colegio Francés. Sus estudios profesionales los realizó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la cual se recibió como médico en 1923, después de realizar su internado, como practicante numerario, en el Hospital Juárez.

Ya médico, y comisionado por la Universidad Nacional para estudiar la organización de las clínicas europeas de urología, tomó cursos de endoscopia en el Hospital Necker de París, en el servicio que cobijaba entonces las tareas geniales de Joaquín Albarrán y de Guyón. Dominaba, sobre todo en su lectura, el idioma francés, el inglés y el alemán.

Después de su viaje postreceptorial y de sus labores como médico en varias ciudades del Estado de Veracruz, redujo todas sus actividades a nuestro país y prácticamente al Hospital General, en donde sus inquietudes de conocimientos le llevaron a prestar sus servicios en los pabellones de ortopedia, ginecología, neurocirugía, infectología, cirugía pediátrica, medicina interna, obstetricia, gastroenterología, cancerología, cirugía general y anatomía patológica, en donde estableció fuertes vínculos docentes con nuestro recordado maestro

Isaac Costero. Siendo adjunto por oposición, en el año de 1952 solicitó y obtuvo su adscripción en esa categoría, al entonces Pabellón 5 bajo la jefatura de Aquilino Villanueva; en 1956 y también por oposición, accedió al puesto de jefe de servicio, jerarquía que ocupó hasta cumplir los sesenta y cinco años. Desde entonces y hasta su muerte, hecho que ahora nos congrega en este lugar, fue consultor técnico y nunca dejó de colaborar en las actividades de la ahora Unidad de Urología, ya fuese en la docencia de pregraduados como en la de postgraduados para nuestros residentes, o bien aportando sus amplísimos conocimientos e información siempre el día, en nuestras sesiones anatomoclínicas.

Desde 1946, también sin interrupción, fungió como médico consultor en urología del Hospital de Enfermedades de la Nutrición, la otra institución entrañable con la que compartió sus afectos y afanes.

Ingresó a esta Academia Nacional de Medicina en el año de 1947; su trabajo de aceptación versó sobre *Variaciones en la distribución y número de los vasos del riñón. Estudio de disección y corrosión de los riñones*, que fue comentado oficialmente por el doctor Gabriel M. Malda. Los 30 riñones estupendamente tratados por corrosión, que revelan la riquísima vascularización de estos órganos, fueron exhibidos con motivo de la exposición científica de las Primeras Jornadas Médicas de la Academia Nacional de Medicina, en el año de 1956.

Sus colaboraciones en revistas mexicanas y extranjeras fueron ciertamente escasas, pero muy escrupulosamente elaboradas y por ello muy estimadas.

Hace unos meses apenas, el maestro Quevedo me obsequió una novela que él encomió de manera muy especial. Su lectura me reveló un ángulo para mí desconocido, aunque supuesto, del maestro Quevedo: una sensibilidad abierta para los hilos más finos del sentimiento; una bondad en el alma detrás de eso y una autodefinitiva que le hacía identificarse con el personaje principal de esa patética obra literaria: un hombre que al cultivar su jardín por toda una vida, sin salir de él y casi como única actividad, aislado del mundo circundante, se mantiene con una inusitada limpieza e inocencia espiritual, "persona sin vueltas", dice el autor, lo cual redondea su personalidad, para muchos escondida.

Para terminar y refiriéndome estrictamente a lo que fue mi conocimiento personal del Maestro Angel Quevedo y Mendizábal, creo que este hombre, este urólogo erudito, podría quedar encuadrado en lo que alguna vez afirmó San Isidoro de Sevilla, ese santo enciclopédico y medieval: "Nada es peor que la necedad, nada más bajo que la fatuidad, nada más torpe que la ignorancia"; y como contrapartida, "Nada es mejor que la sabiduría, nada es más dulce que la prudencia y nada es más auténtico que el conocimiento verdadero".

Descanse en paz el maestro Angel Quevedo y Mendizábal, que transitó por esta vida llevando auestas estas insólitas virtudes.